

cenizas

literatura y arte contemporáneo



cenizas

literatura y arte contemporáneo

No.46 Septiembre 2026

Editores

ROMAX

Rolando Castellón Alegría

Fer Valquir

Archivo L'Hoxa (lhoxa.art)

Sumario

Pág 3:

El Algoritmo en el Estambre:

La literatura en tiempos de Inteligencia Artificial.

Por Fer Valquir

Pág. 8:

¿Tiene alma un algoritmo? Música sin

peajes: Diálogo entre el poeta y la máquina.

Fer Valquir

Pág. 13:

Poesía:

Sinfonía del Caos, poemario (IA) de LFQ.

Las cenizas son residuos polvorientos después que la materia orgánica pasa por el fuego. Una memoria irreversible y efímera de signos de desapego, de purificación y despedida. Detrás de la palabra se esconde el final. Las cenizas son un umbral y secreto de la transformación, cuando el fuego se vuelve memoria y la materia se purifica, despojándose de lo superfluo para que el remanente sea solo lo esencial. Aunque representan el final éste no es absoluto, no observan una muerte definitiva, sino el refugio mineral y

fértil donde el pasado descansa, y espera el soplo para renacer.

Cenizas conecta con la filosofía y materia del maestro Rolando Castellón Alegría (Managua 1937). Rinde una doble reverencia: Por un lado, rescatar la memoria conceptual y mística de una publicación independiente creada en San Francisco California en 1979; por otro sintonizar con el núcleo de la heteroclita creación visual de Castellón, nutre la raíz física y sagrada de elementos naturales como el barro, el polvo y la tierra.

El Algoritmo en el Estambre: La literatura en tiempos de Inteligencia Artificial

Editorial y Legado de Cenizas.
Fer Valquir

La herramienta como extensión no como suplencia

La explosión de la inteligencia artificial generativa no viene a clausurar la sensibilidad humana, sino a detonarla. Lejos de una visión apocalíptica del “reemplazo”, que desanima a algunos artistas que no ven manera alguna para reinventarse delante de los desafíos, los poetas intelectuales y artistas visuales contemporáneos ya adoptan estos modelos matemáticos como co-creadores o catalizadores creativos. La IA aporta la sintaxis a las propuestas, pero el ser humano otorga el dolor, el vacío y el sentido. La máquina expande el lenguaje; el artista gestiona el enigma.

Integrar esta reflexión en una edición especial de Cenizas (en tanto a partir de esta edición se publicará en línea), es un acto de justicia poética. Originalmente la revista la publicó el curador y artista Rolando Castellón Alegría (Managua 1937), y algunos números están en colecciones del Museo Reina Sofía de Madrid, el Pompidou de París en el Moma de Nueva York. Hoy permanece el referente, con una estética cercana al adobe, al lodo, a la caña brava, a la tierra como el material

irreducible del planeta. AL desplazar la pulcritud editorial de la high tech y abrazar el error, la imperfección orgánica como resistencia al arte de lo comercial, la IA introduce el concepto de la alucinación de sus propios fallos poéticos, carácter propio de lo contemporáneo que adopta las asperezas y lo no complaciente, la rebeldía como carácter unívoco. La muerte del autor, y el uso de pseudónimos del maestro nica-costarricense Moyo Coyazitl, que difumina la autoría y se sirve de múltiples alter-egos. Pero, la disyuntiva o paradoja continúa: ¿Qué es la IA sino un alter-ego colectivo que se nutre de millones de voces humanas para devolvernos un eco procesado?

Hacia la estética de la confluencia

La tecnología no deshumaniza el arte, sino que obliga a redefinir qué es lo humano. En el espacio de la revista Cenizas -caracterizada por sus mutabilidad y manualidad-, la poesía generada o estimulada por la IA encontrará un nido perfecto: es el choque entre la frialdad del código y la calidez táctil del impreso e incluso a lo hecho a mano. No estamos ante el fin de la literatura, sino ante la inauguración de una creatividad aumentada.

El algoritmo omnipresente:

Una nueva colonización del pensamiento

El Big Brother algorítmico y la neo-colonización. Georges Orwell en la novela “1984”, describió el “Gran Hermano” como una entidad de vigilancia totalizadora, no solo controlaba las acciones físicas, sino que modelaba activamente el pensamiento a través de la “neo-lengua” y la destrucción del registro histórico.

Desde este enfoque la IA está amenazada de encarnar ese mismo paradigma hegemónico. No vigila desde la pantalla bidimensional; habita desde nuestros procesos cognitivos. Cuando un puñado de corporaciones tecnológicas del Norte Global entrena los modelos que deciden cómo redactar, cómo estructurar un poema o qué imágenes asociar a la estética, no presenciamos una democratización; presenciamos otra colonización del pensamiento. Se coloniza el imaginario colectivo, homogeneizando la diversidad cultural del mundo bajo la gramática y sesgos del código eurocentrista.

Domesticación del acto creativo

La IA asiste al artista, pero también corre el riesgo

de domesticarlo. Orwell buscaba estrechar el alcance del pensamiento para hacer imposible el crimen de la mente. El peligro actual es que el algoritmo de la IA predictiva atienda a la estandarización estética: premiar lo que el algoritmo ya “sabe” que funciona, eliminando el riesgo, la disonancia y el verdadero abismo humano, y eso sería el reto a enfrentar, para que esta práctica no se convierta en una creatividad “empaquetada”.

Cenizas N.46: El error como trinchera

Comprender el carácter editorial y la creación artística del maestro Diablo Alegría (Rolando Castellón) frente al panóptico digital que todo lo procesa, clasifica y monetiza; la revista Cenizas emerge como un acto de insubordinación poética. Si la máquina busca lo perfecto, el legado suyo nos recuerda que la verdad artística habita en la ceniza, en el desperdicio, en lo no-clasificable y en el error humano. En la perspectiva de la Complejidad, el error es visto como alternativa para mejorar, repasar, analizar y buscar opciones que lo sustituyan con creatividad y llegando a la originalidad desde otras trincheras.



Hacer poesía en el tiempo de la IA no es rendirse ante el ojo que todo lo ve, es usar su propia tecnología para “hakear” el sentido, inyectarle al caos orgánico que la máquina teme y sabotea dentro de la nueva colonización desde el campo de batalla del papel, de la tinta y la periferia.

La poesía es una disciplina artística disruptiva, opera en el núcleo más íntimo de la IA, convirtiendo esta relación en un espejo filosófico o estético sin parangón.

¿Por qué la poesía y no otras disciplinas?

La identidad del código: la música requiere de decibelios, la pintura de pigmentos o píxeles, pero la poesía y la IA comparten del mismo ADN: la palabra escrita. Al usarla para hacer poesía, el artista no está traduciendo su idea a otro formato, sino interviniendo la “mente” del algoritmo.

En cuanto a ruptura del sentido, el cine o la narrativa tradicional exige una lógica tradicional, comunidades y verosimilitud. La poesía en cambio, se alimenta del salto al vacío, la metáfora inusitada

y la ruptura sintáctica. Lo que en la ciencia o el periodismo es un error imperdonable de la IA

(las famosas alucinaciones), en la poesía es un hallazgo estético, el único arte que sabe hacer con “desechos” y fallas de la máquina, carácter afín al arte y al pensamiento divergente, inconforme, crítico.

¿Qué caracteriza al poema apoyado en la IA?

Esta hibridación no produce una poesía cualquiera; genera una literatura disruptiva que emerge de una razón específica. Se nutre de la asociación libre a escala masiva: un poeta humano asocia palabras basándose en su memoria personal. La IA asocia palabras basándose en la memoria colectiva de la humanidad. El resultado es una poesía de yuxtaposiciones imposibles, imágenes surrealistas instantáneas y choques conceptuales que a un cerebro humano le tomaría vidas enteras conectar. La disolución definitiva del “Yo” poético: Históricamente, la poesía es el arte del ego, del “yo” que sufre o ama. La poesía con IA es polifónica y descentrada. No hay un autor único: es un diálogo entre el poeta que guía y poda, suma el eco de la humanidad digitalizada.

Lenguaje como objeto encontrado (Ready made)

El poeta ya no escribe desde una hoja en blanco, opera como un escultor de flujos de texto. Y utiliza la IA para generar el alma de esos bloques del lenguaje, luego los interviene, los destruye, o los “lija” parta sacar los jaspes de su sensibilidad. Me gusta la metáfora de “podar”, que es quitar las ramas secas u otras distorsiones del crecimiento de una planta o árbol para mejorar sus frutos.

A manera de conclusión

La IA nos da respuestas certeras que impactan al texto, pero importa darle valor al individuo que se cuestiona y formula las preguntas a la IA, pues si no existen preguntas, no habrá respuestas, no fluirá la canción. Esta es una máxima de la realidad actual ante el uso de la tecnología. Con la aplicación de SUNO para crear canciones, hoy todo el mundo puede hacerlas, pero no todas tienen la profundidad de aquellas formuladas por un poeta, quien sabe profundizar en ese suelo creativo para lograr imprimir un carácter y estilo propio de artista. Pesan mucho los saberes, las lecturas, pues siempre he dicho que si a la IA se le preguntan bobadas, ésta responderá solo babosadas-

La conclusión a toda esta inflexión, está en las poesías que se publican de LFQ inspiradas en la bio/cultura, en tiempos de IA y de mayor interacción con la tecnología del siglo XXI, pero que se debe fundamentar con el pensamiento propio del hoy. Este autor de estas poesías explica que él dialoga con el algoritmo, que para hacerlo advierte la domesticación del otro “gran hermano” que es la IA, que él ya no logra escribir a mano, y si lo hace, son signos indescifrables, porque sus capacidades cognitivas las tiene atrofiadas por el tiempo, pero delante del monitor vivencia un verdadero INSIGT.

La poesía en la era de la inteligencia artificial sobrevive como una expresión del alma humana, resistiendo la tentación de producir cosas vacías mediante las intenciones del creador. Frente al desafío ético y la crítica al vacío tecnológico, la validez de la obra artística emerge al utilizar la herramienta como un colaborador, tal y como se refleja en la biocultura, en lugar de ser un simple operador de comandos el poeta, el músico, el pintor, el artista, el crítico de arte, queda en libertad de reescribir y poner sus propios acentos y puntos sobre las íes.



¿Tiene alma un algoritmo? Música sin peajes: Diálogo entre el poeta y la máquina

Fer Valquir

Introducción

Hoy la Inteligencia Artificial está rompiendo muros históricos. El arte musical condicionado por barreras técnicas, económicas y culturales, tener que dominar un instrumento, comprender la teoría del contrapunto, o financiar una producción en un estudio y contratar diseñadores para definir la gráfica divulgativa, requerían años de recursos y esfuerzo de toda una empresa.

Hoy en día, herramientas generativas para crear canciones o música instrumental inauguraron una revolución lírica y sonora, renacimiento para la creación en un espacio accesible para cualquier persona que posea sensibilidad o cultura artística. Pero importa decir que no estamos ante el fin del talento humano, sino ante su máxima democratización.

Preguntas actuales plantean si ¿tienen alma una canción si sus notas las dibujó un algoritmo? Durante siglos, el derecho a componer música estuvo reservado para quienes poseían recursos para pagar a una orquesta y a un estudio de grabación. Los compositores clásicos vivían del mecenazgo de los poderosos de una ciudad o estado.

En nuestra región mesoamericana existe un relato de cómo fue creada el vals “Dios Nunca Muere” del maestro Macedonio Alcalá de Oaxaca, quien vivió en extrema pobreza y enfermo, por lo que un grupo de amigos para ayudarlo le comisionaron componer una pieza dedicada a la Virgen María, y él compuso esta magnífica obra que simboliza aquella cultura y con el tiempo se convirtió (de facto) en himno a la ciudad capital del estado de Juárez. Hoy la barrera histórica ha saltado por los aires.

Este ensayo es una invitación a describir como la IA y plataformas, no vinieron a deshumanizar el arte, sino a desatar la revolución más grande de la historia de la música: La democratización total de la sensibilidad humana a través de un diálogo íntimo entre la mente del artista y la máquina.

Esencialidad por encima de la técnica

El núcleo de esta revolución radica en el desplazamiento del esfuerzo mecánico hacia la intención estética. Con la IA, la idea conceptual y la palabra escrita recuperan su trono. Un poema guardado en una gaveta, una reflexión personal o un juego de rimas pueden convertirse en una pi-

eza musical en minutos, e incluso hay plataformas que ofrecen una partitura que puede ser impresa para la orquesta. Dicha plataforma actúa como un traductor universal de emociones, donde el usuario ya no necesita un instrumento o educar su voz de manera profesional para escuchar cómo cobra vida su mensaje. La técnica se automatiza; pero el alma del mensaje permanece intacta.

Lienzo sin fronteras temporales ni estilísticas

Una de las maravillas más disruptivas de la IA es su total ubicuidad estilística. La arquitectura de estos modelos algorítmicos permite fusionar o rescatar cualquier género de la historia de la humanidad: La música antigua revive sus polifonías como las del Renacimiento, o texturas de laúdes medievales y cantos que evocan siglos pasados, con solo describirlo en el texto de instrucción a la plataforma ya es suficiente para escucharla. Música coral facilita la creación de complejos arreglos vocales, desde coros litúrgicos hasta armonías de ópera clásica, son compuestas con una fidelidad asombrosa.

La música moderna no está exenta de la revolución, permite superponer líricas profundas sobre potentes sonidos de rock, bases de hip-hop o ritmos electrónicos de vanguardia.

Esta flexibilidad convierte al computador en un laboratorio infinito, cuyas etiquetas de géneros se disuelven y permite combinaciones antes impensables.

Un estudio en el bolsillo: Descentralización económica

La magia de herramientas ocurre porque la plataforma empaqueta un estudio de grabación profesional completo -con sus arreglistas, vocalistas, ingenieros de sonido e instrumentistas virtuales-, dentro de una computadora o un teléfono celular, y, sin salir de casa. Tradicionalmente grabar una canción requería presupuestos astronómicos para alquilar salas de grabación, y pagar a músicos de sesión que interpretaran la pieza, tras tediosos ensayos y ajustes. Para un creador independiente estos costos eran una barrera insalvable, esas cargas silenciaban su creatividad y detenían cualquier intento de manifestar su creatividad y pasión por el arte. Hoy la tecnología permite saltarse los

peajes económicos de la industria, optimizando los recursos en costo cero, y, devolviendo el poder creativo al mismo espacio del hogar del artista.

El choque cultural y recelo tradicional

Como era de esperar, este avance enciende, intensos y acalorados debates dentro de la comunidad de músicos tradicionales. Existe un recelo comprensible, e incluso hostilidad, hacia quienes adoptamos la IA. Muchos sienten que la automatización desvaloriza años de estudios técnicos, ensayos profundos y sacrificio personal para formarse con los mayores rigores.

Sin embargo, este rechazo inicial no es nuevo; ocurrió en el pasado con la llegada de la fotografía frente a la pintura, y con los sintetizadores en los años 80. Quien se enoja con esta tecnología confunde el medio con el mensaje. La IA no sustituye al creador; lo empodera. El valor de la obra sigue haciendo de la mente humana la guía, al autor le toca seleccionar las mejores tomas, editar los resultados y definir el previo concepto lírico que la máquina respeta o propone alternativas.

Un artista multimedia total: Integración de

disciplinas

La revolución del arte contemporáneo no se detiene en el audio. El uso de la IA propicia una convergencia de disciplinas sin precedente. Hoy el proceso de lanzar una nueva canción se ha unificado: el mismo creador que escribe la letra y genera la música utiliza la IA para diseñar la portada de su álbum o generar las imágenes de un video musical.

A través de herramientas visuales y de edición, una sola persona puede crear un “Reel” para redes sociales, o un video completo para You Tube que acompañe su música de manera coherente y estética. El compositor ya no depende de intermediarios, agencias de diseño o editores de video. Hoy tiene tal y como se dijo una orquesta, vocalistas y hasta un coro en su propia casa. La IA ha convertido al autor en un director creativo total, capaz de gestionar todo el universo visual y sonoro de su obra desde una sola pantalla, en una sola autopista y sin pagar peaje.

La alquimia creativa: El diálogo íntimo entre el artista y la IA

Más allá de la eficiencia técnica o el entorno

económico, el verdadero milagro de este proceso ocurre en la intimidad de la creación. La relación entre el artista y la Inteligencia Artificial no es la de un simple operario usando una máquina; es un vínculo dialógico profundamente colaborativo, esto devela el corazón de la criatura. Depende de la creatividad, sensibilidad en acercamiento simbólico con el algoritmo de la IA. Escribir una canción se convierte en un compartir pensamientos. El creador aporta su intimidad, sus letras, sus obsesiones y su sensibilidad. La IA responde ofreciendo una interpretación sonora de un universo interno. Es un juego de espejos: el artista propone una idea, la máquina devuelve una respuesta estética, y esa respuesta inspira al artista para ir a algo más, como crear un “reel” entrando en el dominio de la imagen que la misma máquina le da opciones. Anuda un diálogo constante que convierte a la tecnología en un espejo inteligente que amplifica la creatividad humana, un copiloto con quien se discuten conceptos abstractos hasta que la obra encuentra su forma perfecta. La máquina no crea sola; reacciona a la chispa del pensamiento crítico del ser humano.

Conclusiones

La música ya no le pertenece a la industria; le pertenece a quien tiene algo que decir. Estamos viviendo un auténtico renacer digital.

Las herramientas transforman al creador solitario en un artista multimedia total capaz de componer desde polifonías medievales hasta rock moderno, mediante un intercambio constante de pesamientos con el algoritmo. Si crees que la IA es una amenaza publicitaria para el arte, te invito a repasar esta reflexión sobre el profundo diálogo creativo del siglo XXI.

En mi situación de usuario cotidiano de estas herramientas define la experiencia en saber preguntar, saber describir y saber evaluar la reacción del algoritmo, diálogo profundo que nace de la intimidad para con la IA. En mi caso de curador y crítico de arte, hago de la documentación una propuesta que cambia la actitud para transmitir el mensaje y llegar a las personas de diversas fajas etarias; en vez de escribir tediosas lecturas de la obra, escribo ese texto en forma de un poema contemporáneo y rima libre, pido a la IA las instrucciones a transmitir a la plataforma para que me genere una musicalización que sea cercana a

la sensibilidad de la o el artista observada(o). Esta tan solo una utilidad, habrán muchas más según sea el grado de evolución y el carácter de interactividad para con la máquina.

La IA aplicada a la lírica y la música no ha venido a vaciar de alma a las canciones, sino a multiplicar las esencias de las canciones a cantar. Al final del día, el arte ya no le pertenece únicamente a quien puede pagar un estudio musical, sino a quien tiene algo que decir.

Vivimos al inicio de un reacomodo donde la tecnología actúa como un pincel definitivo, permitiendo que cualquier persona con sensibilidad y cultura visual o musical pulse la tecla y escuche lo que le viene de vuelta, por fin, el eco de su propia poesía convertida en una obra de arte total.



Sinfonía del Caos

Poemario de LFQ



LFQ (1951)

Carbono, Abismo y Resistencia

Sentarse en su sombra es solo el
prólogo.

El tronco es un puente duro.
Un cable de alta tensión
entre el suprauniverso sordo
y el inframundo que late
abajo, en lo oscuro.

Subo.

La altura corta el aire y
cambia el ángulo del ojo.
Allá arriba el mundo pierde
su adorno, se vuelve
geometría limpia
Estrecho mis manos contra las
espinas de la corteza.
Tengo miedo de bajar.
El suelo pesa demasiado,
la gravedad en el suelo es una
derrota cotidiana.
Da vértigo regresar a la
horizontalidad de la
vida diaria.

Por este tronco viaja el siglo.
El árbol traga el veneno
Invisible del aire,
hunde los gases de efecto
invernadero,
asfixia el desastre del cielo
y lo clava con sus raíces en
la tierra profunda.
Una aduana entre el colapso
y el subsuelo.

Arriba, la copa altera la
física.
Las hojas muerden la luz,
muerden la tierra,
convierten la energía pura en
aire renovado.
Exhalan.
El sudor del árbol sube
invisible,
junta los pedazos del cielo
para inventar las nubes,

Obligar a la lluvia a
golpear el polvo.

Sin este pulmón de madera,
el cielo sería un hueso seco,
una sequía eterna instalada
sobre nuestras cabezas.

Dibujo esta tensión.
mis trazos no buscan
el paisaje.
Buscan la anatomía del fuste,
el punto exacto donde el
miedo a caer
se convierte en soplo de
amor,
por lo que resiste.

El peso del cielo

Está hecha de cientos de
gotas,
de aire y brisas
transparentes.
y sí se pone turbia
arrasa el suelo, destruye
laderas,
lodo que cubre carreteras,
casas
lo que encuentre.

Es fácil amarla detrás del
ventanal,
mirar el diluvio con el cuerpo
seco,
mientras el café
aguarda.
Ahí la tormenta es un
ruido de fondo,
un espectáculo ajeno.

Moverse en ella
las aguas se vuelven agujas en

la cara,
los zapatos pesan como si
cargarán el río.
Caminar bajo la lluvia es
entender el peso del cielo.

Cuando amaina el aguacero,
el aire huele a suelo limpio.
La misma fuerza que
desborda los caminos
es la que siembra el verde
lava las hojas y
despierta las raíces.

Bajo la piel empapada el
pulso sigue vivo.
Cada tormenta se cansa de caer,
y el barro, tarde o temprano,
volverá a reverdecer.

Geometría del barro

La luz golpea
el suelo
húmedo,
un pulso eléctrico que
quema las sombras.

No es rociar de
oro puro
los resquicios o
grietas,
abiertas en el suelo
fértil.

Son líneas
invisibles del
agua,
mapa exacto
donde el lodo
se vuelve
orilla.

La simetría
perfecta de un

cuerpo que
despierta.

El trazo
vertical que
divide el
invierno.
La arcilla qué,
aprende a ser
frontera.
Ángulo exacto
donde la carne
se hace
piedra.

Un diseño de
grietas que
buscan el
centro.
donde el abismo
calcula su propio
peso.
La arquitectura
sagrada
de lo que brota
del lodo.

Pulso ciego

I
Las aguas de los acuíferos
bañan mantos de
musgos.
Líquenes,
montañas arriba.
Brotan.
Tintineo de campanas,
bajan sonoras por la
loma.
O saltan,
en cascadas de luz,
pura.
Éxtasis vertical que va al
mar.
La tierra ensaya su pulso a
oscuras.
Mapa secreto de la
piedra,
Filtra el origen, roto.
No es ruido lo que baja
a ciegas:
Es la memoria del frío
buscando el ardor en una

boca.
Savia del mundo que no se
detiene.
Vena abierta del agua en las
cavidades internas del mundo,
donde el tiempo se vuelve
un velo.

II
La tierra ensaya su pulso a
oscuras.
El mapa secreto de la
roca
filtra su origen.
No es ruido lo que baja por la
catarata,
es la memoria del frío.
Savia, del mundo
indetenible.
Vena abierta,
torrente que enrumba al
océano.
El tiempo se vuelve
Transparencia.

Abajo, el peso del mundo
es mudo.
El agua aprende sin
testigos,
a ser agua en la clausura
exacta,
de la roca.
Arriba, el sol la recibe como un
golpe,
la ceguera del suelo
amedrenta
el destello, de un
relámpago
líquido,
que la atmósfera enciende,
como único premio.

Primer destello

Luz de la mañana.
Entras sin permiso por
las grietas del día
y en este ruido interno
del mundo que
me cansa.

Limpia la niebla de los
árboles.
Devuelve el verde robado a
la tierra
y, al agua su transparencia.
El silencio aprieta los
párpados.
Hay algo que tiembla justo
antes del incendio,
Un peso en los huesos que
exigen quebrarse.
La quietud de las cosas se
vuelve insoportable.
El aire se agota.
Entonces, si no se puede
apagar
que estalle,
que tu fuego arrase con la
piedra seca del pecho.
Inúndalo todo.
Que no quede rincón oscuro
que escape a la herida.
Sé el relámpago que nos
Devuelva la vida.

Sinfonía de destellos (in)visibles

El peso del reflejo.
Una línea de luz de plata
tiembla sobre las aguas,
traza un verso efímero
sobre las arenas,
que la corriente
borra.
Miramos sus destellos
como si fueran eternos.
Un puente blanco de papel
Se extiende sobre el océano.
Cambia sin aviso el
paisaje.
La luna se niega detrás
de un pestañeo negro
que atraganta el destello.
Ya No hay plata
sobre la densidad
líquida.
El abismo mudo
sigue ahí, y
el puente de papel
se deshace
entre las espumas.

Sinfonía del caos

Todo empieza en la paciencia de la tierra.
Un brote cristalino,
silencioso,
descifra la gravedad
antes de ser sonido.

Pero el agua no tolera el
cautiverio ni la herida.

Al envenenar su
transparencia,
o quebrantar la pureza de
su coro,
Esa paz acumulada estalla.
El leve murmullo se vuelve
torbellino,
acrecentada furiosa
irrumpe contra los
puentes,
como una marejada que
ruge
en la garganta del mar
y reclama, con el peso de

mil inviernos,
lo que siempre le
perteneció.

Es la música del caos,
el estruendo necesario para
despertar al mundo.

Y entonces, tras la furia,
cuando la tierra aprende a
escuchar,
las aguas vuelven a encontrar su
cauce.
El lodo se asienta.
la turbulencia disuelve su furia
en la orilla
y la corriente limpia los
escombros del pasado.

Bajo el cielo abierto,
regresa la partitura suave
de la lluvia,
el pulso rítmico madura
en el oleaje y la espuma.

El agua no destruye para siempre;
vuelve para sanar la raíz,
para recordarnos que
después de la tormenta
nace una vertiente, y
una música clara
invita
a comenzar otra vez.

El nido de la braza

El papel guarda
el silencio de la montaña.
¿Es su evocación y
hoguera?

Escribir
se vuelve incendio.
Mira la tinta:
Hollín diluido,
ceniza renegrida
que fija la sombra
de una fogata
extinguida.

El autor ardió
detrás
de lo que hoy tocas.
Residuo inerte,
rastros mineral
de su (in)memoria.

No hay muerte
en el polvo.

En éste está el
renacer

La página cerrada
es ceniza muda.
Al abrirla,
La mirada se vuelve
Ceniza.

Leer
es remover la braza
Hacer que la palabra
arda
Con otra luz, deja de ser
muerte
y se convierte en otro origen.





**Homenaje a
MAXIE de Castellón**

Paraíso, CR 2026